

Soy amigo de los españoles y siempre he querido serlo. De aquellos españoles que son, como ellos dicen, buena gente.

De España me enamoré desde el primer instante. Acababa de bajarme en Alicante del tren que me traía de Francia. Me quedé prendado desde aquella primera jornada en la que contemplé el amanecer en la playa del Postiguet. Allí aguardé, seducido por la luz, hasta la puesta del sol. Puedo jurar que quedé rendido ante su belleza.

Ha pasado mucho tiempo y, como en tantos otros lugares de Europa, en España se han producido muchos cambios. Son muchos, multitud, los españoles que también se han transformado. Andan aturcidos y perdidos en el nuevo orden que el globalismo está imponiendo. Yo mismo, aún siendo consciente del peligro, miro confuso y desorientado a mi alrededor.

Por desgracia, los principios y valores en los que creo, aquellos que configuraron Europa, están hoy proscritos y son atacados y perseguidos en España. Sin renunciar a mi sangre serbia, me siento español, pero considero que son ellos, los que han nacido aquí, quienes deben decidir su destino, aunque desafortunadamente estén optando, consciente o inconscientemente, por ser vasallos serviles de poderes extranjeros y supranacionales.

Se me antoja complicado seguir viviendo en España. Recuerdo que cuando llegué fui bienvenido y acogido con hospitalidad, afecto y simpatía. Hoy todo es distinto. La gente se ha vuelto recelosa y desconfiada. En los jóvenes, en ocasiones, se percibe incluso cierta hostilidad. Les importa un bledo que yo haya servido en las filas de su ejército, que se me concediera la nacionalidad por excelencia o que lleve cerca de treinta años pagando impuestos y cotizando a la Seguridad Social...

Pero marcharse, decir adiós definitivamente cuesta y es doloroso porque los sentimientos están presentes. Sin ellos todo sería más sencillo: haces tu equipaje, empiezas a andar y se acabó. Pero no, los sentimientos te retienen y te dificultan la partida.

Cuando observo a la juventud serbia aún me preocupo más al compararla con la española. Los serbios están cada vez más alerta del peligro que se esconde tras el falso progreso occidental mientras que la última generación de españoles compone un conjunto aborregado y docil, totalmente indefenso ante la agenda del NOM. Han dado la espalda a su fe, a sus raíces y a su cultura. Carentes de todo ello se enfrentarán, más pronto que tarde, a la necesidad forzosa de escoger entre la opción de un nacionalismo fanático y ciego, marginal e insignificante o la del globalismo salvaje, que extirpará cualquier rastro de su identidad. Ambas opciones conducen irremediabilmente al abismo.

Yo he querido, con los escasos y humildes medios a mi alcance, apoyar la voz de los que alertan de la amenaza. Pero, lamentablemente, ha sido como predicar en el desierto.

Estas páginas son mi cuaderno de bitácora, el testimonio del peregrinaje difícil y doloroso que compone mi historia. La historia de alguien que tiene que abandonar

su patria mal cosida por negarse a elegir bando en una cruenta guerra civil, que halla después una tierra acogedora y que decide volver a esa misma guerra bajo su nueva bandera. La historia de alguien que, al volante de un camión, logra disipar la confusión que nos rodea, nos narcotiza y nos anula y así redescubre sus raíces y su identidad consiguiendo, además, percibir cómo el globalismo está moviendo las fichas para hacer que se repita, como en un bucle permanente, la historia que ya ha vivido.

Dos narraciones paralelas de una misma vida recogen estas páginas casi autobiográficas. Por un lado, la de un serbio que crece en la Yugoslavia comunista de Tito, en un barrio de mayoría musulmana en la capital de Bosnia Herzegovina, Sarajevo, siendo un producto típico de la internacional comunista, ajeno a su identidad real, que al final consigue comprender lo que es en realidad, de dónde viene y a dónde va.

Por otro lado, la de un inmigrante agradecido, enamorado y respetuoso con España, su nueva patria, siendo amigo de todos los españoles, típico producto de la internacional globalista, que al final acaba eligiendo su propia posición, y se pone en la primera línea de defensa de España, a la que debe tanto en un camino no exento de desengaños.

Es mi historia y en ella quedan los recuerdos de lo vivido en la guerra en la antigua Yugoslavia. He querido aportar, al referir esta parte de mi vida, detalles importantes de lo que, desgraciadamente, ocurrió en Srebrenica. Son hechos contados de primera mano; relato de un suceso del que fui testigo, y que puede aclarar un poco más lo allí ocurrido. Concretamente la implicación de los servicios de inteligencia británicos en los sucesos trágicos en la zona protegida por la ONU.

Después que cada cual saque sus propias conclusiones.